

él, á consecuencia de la tal plática, suficientemente instruido acerca del particular. En la capital de España abundan hasta lo infinito los hoteles, fondas, casas de huéspedes y hospedajes de todas clases, habiéndolos de todos precios y condiciones, é igualmente digno del más encopetado *lord*, cuanto asequibles al más modesto artesano ó viajante de comercio. Para mi amigo, cuya bien provista bolsa y posición independiente se avenían mal con la estrechez ó la tacañería, estaba indicado alguno de los magníficos y modernos establecimientos situados en la ciudad baja en el centro de la animación, de los negocios, de los teatros y de los paseos. Pero aquí estribaba la dificultad. Si París goza de fama universal por sus *puntas*, Westfalia por sus jamones ó Alcorcón por sus pucheros, Toledo la tenía ya de atrás muy bien sentada, más que por sus monumentos artísticos, por sus armas ó por su mazapán, por sus incomparables hoteles, que echan la zancadilla á los más renombrados del extranjero. En este sentido, el hotel de Europa nada tiene que envidiar de ningún otro; soberbio edificio de seis pisos, pintoresca vista sobre el Tajo, plaza de Garcilaso y Avenida de la Comedia. El de Embajadores no le va en zaga; hace esquina á la plaza de Garcilaso y á la larguísima calle del 25 de Mayo, donde están situados los más lujosos bazares y almacenes de la ciudad. Del Comercio, del Parmese, del Splendid-Hôtel, nada diré, pues ellos se recomiendan por sí solos. Pues ¿y el hotel Alfonso VI, el de Palacio, el del Circo Máximo, el Continental y el de Galiana? Sería el cuento de nunca acabar, si me hubiera propuesto hacer la simple enumeración de los más importantes.

Nos hallábamos, pues, en un verdadero *embarras du choix*, que dicen nuestros vecinos de allende el Pirineo; pero yo corté por lo sano, recomendando á mi acompañante la fonda de Castilla, casa en todos conceptos tan digna como otra cualquiera, y en cuyo abonó era además de notar el buen gusto y españolismo del huésped, quien, á despecho de apremiantes y repetidas insinuaciones, se había negado siempre á sustituir la palabra *fonda* por otra cualquiera venida aquí de ultramontes.

Decía, pues, antes que partió el vehículo que nos conducía, arrastrado por un caballejo de buen ver y guiado por servicial auriga. Desde la plaza de Covarrubias, punto de nuestra partidá, hasta el paseo de Alfonso el Sabio, término de nuestro viaje, hay una respetable distancia que salvamos en pocos minutos. Mi amigo, que, como anteriormente indiqué, venía de París, no dejaba de mirar

y de admirar, á través de la ventanilla, el trayecto que recorriamos.

La plaza de Covarrubias, con su dilatada serie de modernos pórticos y la severa estatua de aquel ilustre legista toledano; la de Merchán, con la del bienhechor cardenal Tavera, que parece contemplar con complacencia el insigne hospital que fundó; las amplias calles de Marco Fulvio y de Almenón y el jardín y paseo de España, donde se admira con fáncional orgullo el suntuoso monumento que en mármoles y bronce recuerda á las generaciones el gran hecho de la definitiva unidad ibérica; todo esto desfiló ante nuestra vista, con prelación á nuestra llegada á la fonda.

La hora del medio día estaba al caer, cuando descendíamos ante la puerta del vestíbulo de la fonda de Castilla. Aquí dos camareros, vistiendo el inevitable frac, salieron á nuestro encuentro, haciendo toda suerte de cumplidos y reverencias. Llenadas las formalidades que en tales casos se exigen, incluido el nombre de mi argentino en la lista del establecimiento, subidos que fuimos al departamento que se le había destinado—una excelente y desahogada habitación del segundo piso, con agradables vistas al paseo—donde llevamos á cabo una ligerísima *toilette*, bajamos al comedor, en que se nos sirvió suculento almuerzo.

Mi compañero traía tasado el tiempo de su tránsito por España, en cuyo suelo pensaba permanecer tan sólo veinte días; y siendo mucho lo que hay que ver en la ciudad del Tajo, determinamos de común acuerdo no perder momentos, y al efecto, entre bocado y bocado, concertábamos el plan é itinerario de la tarde.

Mi amigo era artista y arqueólogo de corazón, por lo que, noticioso como ya estaba de la disposición y emplazamiento de los monumentos y antiguas obras de arte toledanas, optó por dar comienzo á la visita de la capital en su parte arcaica y retrospectiva, en la ciudad alta; en la *acrópolis*, digámoslo así, que tan peculiar fisonomía muestra en su modo de ser y que se diferencia tanto de la ciudad moderna ó baja, como pueden diferenciarse el día y la noche.

Con este intento, traspusimos el umbral de la fonda, recorriendo en casi toda su extensión el frondoso paseo de Alfonso el Sabio, provisto de cuádruple fila de álamos negros; y después de seguir ó de atravesar otras calles y plazas, nos hallamos al pie de la gigante base sobre que desde hace tantas centurias se halla asentada la secular Toledo.

Comunicase la ciudad antigua con la nueva por dos empinadas cuestas, particularmente. Arranca la primera desde la grandiosa puerta de Bisagra, obra de

Carlos V, yendo á morir en el afamado y romanesco Zocodover; y parte la segunda, de junto á la venerable basílica de Santa Leocadia,—que merced á la inteligente gestión de nuestra corporación municipal se conserva, aunque ahogada por moderno y apretado caserío—atravesando luego la puerta del Cambrón, discurriendo junto á los muros de San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca y el Tránsito, y llegando por último hasta la plaza del conde de Fuensalida.

Cada una de estas dos vías cuenta para el servicio y comodidad del numeroso gentío que constantemente sube y baja del llano al monte y viceversa, con un ferrocarril en miniatura, sistema Fell, cuya vida, es tan próspera, que sus acciones se cotizan en la actualidad á un precio quintuple al de su emisión.

Dada la mayor proximidad á que nos hallábamos de la segunda de estas dos rutas, hacia ella encaminamos nuestros pasos, ocupando luego un asiento en el ferrocarril. Interpretando yo los deseos del americano, descendimos del vagón al llegar á San Juan de los Reyes. Repetir ahora con palabras el contento y admiración que mostró al contemplar la grandiosa iglesia, cuyo incomparable crucero ha sido siempre materia de perenne elogio para los inteligentes; el claustro, de ideal y magnífica belleza, y el convento todo, por fin, que tan irroprochablemente cuidan y conservan los hijos de San Francisco, sus habitantes, fuera rebasar los límites que me propuse al esbozar este relato. Baste saber que entre San Juan de los Reyes, Santa María la Blanca y el Tránsito, huyó agradable y velozmente la tarde, una hermosa y dilatada tarde del mes de Mayo.

Por espacio de algunos días y aun de algunas noches hubimos de dedicarnos asiduamente á la Toledo histórica. La Catedral con todas sus magnificencias, el Cristo de la Luz, con su milenaria vetustez, el hospital de Santa Cruz, el Alcázar de Carlos V, las puertas y puentes, las diversas parroquias muzárabes y latinas, los conventos de religiosas, henchidos de preciosidades artísticas, con otros edificios más que por abreviar no cito, fueron pasando por vez primera ante la vista de mi amigo, atónito de hallar en tan pequeña extensión de terreno, tal copia de interesantes objetos, cuya ligera descripción sería bastante á llenar un volumen de muchos centenares de páginas.

La Toledo antigua se conserva, por dicha, con escasísimas excepciones, tan original y típica cual el más intransigente arqueólogo pudiera haberla soñado. Sus calles y callejas, tan estrechas y retorcidas como lo serían en tiempo de la